

fuera reflejo inmediato, asociación intuitiva, con el Mesías cristiano. Si la admiración de nuestro juglar es tan profunda y sincera como hemos dicho, si su fe en el Campeador es tan completa, y si, efectivamente, el juglar no pretende crear un Cid, sino que ve a su héroe como algo realmente histórico, y si además este juglar era sinceramente cristiano, el Cid no podía ser para él sino un reflejo viviente de Cristo, de un Cristo guerrero y mayestático, fuerte y eternamente vigilante [pág. 108].

Este asunto de lo mítico estrechamente ligado a lo religioso, a la religión cristiana, más exactamente, puede crear cierta confusión para el entendimiento del lector que ya, antes de encontrarse con tal teoría de Bandera Gómez, había entendido las tesis con mucha claridad. A lo mejor es el propio problema de lo mítico lo que es difícil. De todas maneras, nos parece que es arriesgado hablar del mito Cid, cuando la imagen del Campeador conmueve al auditor por su hondo contenido cristiano. Y no parece ser que Bandera Gómez incluya a Cristo en la categoría de mito. Y Bandera se explica, sin embargo:

Es evidente, pues, que para nosotros difícilmente puede ser el *Poema de Mio Cid* una experiencia de tipo mítico. Pero sí podemos afirmar, basándonos en nuestra moderna comprensión del mito y en las circunstancias históricas que con toda probabilidad se daban en su recitación ante los oyentes del siglo XII, que para estos oyentes tal recitación debía constituir una experiencia de ese tipo [pág. 140].

Lo esencial en este estudio de Cesáreo Bandera Gómez es hacer resaltar la sinceridad de un hombre, el poeta, el juglar, el cual, basado en el elemento histórico, crea al héroe representante de todo un pueblo, de toda una concepción del mundo: el cristianismo; de ahí la importancia acordada al episodio del león.

La primera mitad del libro nos parece más clara; más racional, el pensamiento, así como más brillante, convincente y atractivo, el estilo. Lo demás, pese a su afán de originalidad y a la sinceridad del autor, nos parece bastante fuera del terreno de la crítica literaria.

ARNOLDO PALACIOS.

ALVARO GALMÉS DE FUENTES, *El libro de las batallas (narraciones caballerescas aljamiado-morisca)*, Oviedo, 1967.

El profesor Galmés de Fuentes es uno de los escasos romanistas que, al mismo tiempo, dominan el extenso ámbito de la lengua y literatura árabes, tan necesario (quizá imprescindible) para quien desee

trabajar a fondo en las letras y en las lenguas de la Península Ibérica. Discípulo de Arnald Steiger, el profesor Galmés ha unido armoniosamente en su formación un sólido bagaje de conocimientos de arabista y una metodología, exigente y rigurosa, derivada de Menéndez Pidal en el campo de la lingüística y filología románicas.

Lo fructífero de un trabajo sobre la realidad hispánica con el uso simultáneo de las herramientas intelectuales que proporcionan el arabismo y el romanismo quedó ya demostrado en otros estudios anteriores del profesor Galmés, ya sobre fenómenos fonéticos del habla mozárabe (en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, en la *Revue de Linguistique Romane*, en el *Boletín de la Real Academia Española*), ya sobre hechos lingüísticos castellanos revelados por grafías aljamiadas (en el *Homenaje a Menéndez Pidal*).

El trabajo que ahora nos ocupa (y que reafirma una vez más la importancia de la metodología utilizada por el profesor Galmés) incide también sobre el campo de los textos aljamiados, pero con una orientación esencialmente histórico-literaria, no lingüística. Se estudia en él un conjunto de narraciones caballerescas, en dialecto (al parecer) preponderantemente aragonés y en grafía árabe, que se encuentra en tres manuscritos: uno de la Biblioteca Nacional de Madrid, otro de la Biblioteca del Palacio Real y el último de la Academia de la Historia.

Los textos en cuestión, que pueden ser considerados como la última derivación en tierras de Al-Andalus de un género caballeresco-histórico denominado desde los primeros años del Islam *al-siyār wa-l-magāzī*, son estudiados por Alvaro Galmés atendiendo a tres elementos principales: el transfondo histórico de los relatos, los rasgos maravillosos de los mismos y, finalmente, su realismo.

En cuanto al núcleo histórico del *Libro de las batallas*, Alvaro Galmés presenta, sucinta pero suficientemente, una sinopsis de los hechos, perfectamente identificables, que constituyeron la trama, más o menos tupida, pero nunca falseada totalmente, de las narraciones caballerescas aljamiado-moriscas (batalla de Hunain, batalla del *handaq* o del foso, batallas contra los habitantes de La Meca y del Yemen, batalla de Yarmuk, etc.), demostrando la esencial fidelidad de los narradores moriscos a la realidad de los hechos, aun en detalles secundarios o insignificantes.

Los elementos maravillosos, que se mezclan abundantemente con el hilo directo de las hazañas de los primeros musulmanes, son analizados a continuación por el profesor Galmés. La mayor parte de ellos admite y aun reclama la comparación con otros paralelos de la épica europea de tradición occidental. Así ocurre con la invocación del héroe a sí mismo, la presencia (lejana o próxima) de la mujer en los hechos de guerra, las apariciones sobrenaturales, los sueños preságos y, tam-

bién (en relación con la novela caballerescas occidental), las apariciones o actuación de dragones, gigantes, espíritus maléficos, objetos mágicos, etc. También son muy similares en ambas tradiciones literarias las virtudes y cualidades que son atribuidas a los principales héroes (en las narraciones del *Libro de las batallas* a Alī ibnu abī Tālib y, secundariamente, a Hālid b. al-Wālid).

Uno de los capítulos quizá más interesantes del libro del profesor Galmés es el que se refiere al peculiar realismo que permea los diferentes episodios del *Libro de las batallas*. Al igual que en la épica castellana, en las narraciones caballerescas aljamiado-moriscas se prefiere reproducir las diferentes facetas (altas y bajas, heroicas y raheces, puras y groseras) de la realidad, antes que apelar a la estilización deformadora y a la idealización, como lo hacen, en cambio, otras obras épicas europeas occidentales. La etopeya de 'Alī ibnu abī Tālib (calvo, gordo y pobre, aunque heroico) es significativa en este sentido.

No es de extrañar, así, que Alvaro Galmés, en un brevísimo capítulo final, resalte el paralelismo de las tradiciones (y de los rasgos literarios que de ellas derivan) cristiana e islámica en la Península Ibérica, de acuerdo no sólo con la conocida tesis de Américo Castro sino también con las del propio Menéndez Pidal. Esta conclusión, con toda su importancia y trascendencia, no es sino una de las sugerencias que en el lector suscitará, sin duda, la lectura del magistral trabajo de Galmés. Otras varias (replanteamiento de las relaciones entre épica románica y épica islámica, persistencia de la tradición aliada en el tardío Islam peninsular, etc.), podrían ser (y sin duda serán) desarrolladas y expuestas por críticos e historiadores, demostración ésta la más eficaz de la fecundidad de una obra como la de Alvaro Galmés.

Como apéndices figuran en la obra el texto aljamiado de la batalla de Hunain, cuidadosamente transcrito en grafía latina, y el texto correspondiente a Tabarī, en versión francesa de H. Zotenberg. También ha incluido el profesor Galmés en su trabajo una breve pero utilísima bibliografía.

La edición del libro, realizada por la Universidad de Oviedo, a cuyo claustro pertenece el profesor Galmés, es no sólo cuidada sino bella.

GERMÁN DE GRANDA.

Instituto Caro y Cuervo.